

Si ves al futuro, dile que no venga

Oscar Roldán-Alzate



Diego Piñeros García. *Horizontes*, 2015

No deja de ser más que paradójico que mientras Rubén Darío, el poeta nicaragüense, recibió del gobierno colombiano la posibilidad de crecer en las letras siendo emisario consular en Buenos Aires hacia finales del siglo XIX, uno de los nacidos en la Colombia montañosa, específicamente en Yarumal, Antioquia, y me refiero a Francisco Antonio Cano, debió aceptar, hacia 1898, una colecta de las gentes prestantes de Medellín y de algunos otros más de la capital para viajar al viejo continente a “untarse de mundo” y así terminar de formarse en las artes representativas para aprehender las formas refinadas del arte académico.

Acudiendo a esta pintoresca anécdota en la que, de un lado, es posible incluso percibir a un Canito—como llamaron al maestro del arte clásico colombiano quienes lo “ayudaron”, los mismos que a su regreso debió él retratar al óleo, a la manera francesa, como forma de retribución por la prebenda recibida— casi a

merced de la esclavitud, pero que, por contraposición, se ve favorecida la vida contemplativa del poeta, podemos presentar las obras pictóricas que acompañan esta publicación, la número 229 de la *Agenda Cultural Alma Máter* que, en el marco del semestre de las palabras, conmemora el centenario de la muerte de “El Príncipe de las Letras Castellanas”, Rubén Darío.

Parecerá descabellado, pero tanto la carátula como las piezas en el interior, son pinturas

construidas punto a punto, bolita tras bolita, de plastilina de colores entonadas cuidadosamente por Diego Piñeros García, un joven artista bogotano que, desde los seis años, cuando hizo una tortuga ninja, no dejó de perfeccionar una técnica tan absurda como fascinante: pintar dividiendo los cromos en pequeñas partes de un todo, práctica que reta la paciencia del ejecutor, tanto como la mirada de quien pueda contemplar la obra.

El Modernismo literario fue la puerta que se abrió para que las demás artes alcanzaran alguna suerte de independencia en América Latina, frente a las refinadas formas europeas. Desde este movimiento comenzó a escucharse una voz propia, un ritmo autónomo que rompió con una línea de tradición colonial, con una tonada de lenguaje señorial y servil. Sin embargo, aún hoy es común escuchar en ciertas partes de nuestros países decir *su mercé* (su merced) o el doloroso *mande* para contestar un



Diego Piñeros García.
Paisaje Gigante-Huila.
Casa de Margarita.
9 x 14 cm. Serie
Escuchando a Páramo.
2016

llamado sencillo. El lenguaje cambia, las maneras permanecen, y es aquí definitivamente donde se consolida un sentir de comunidad.

Mi mayor defeto es el perfesionismo ó Where we go, we don't need roads es uno de los nombres que este pintor de, o, con plastilina, utiliza para llamar sus reflexiones sobre el error, la futilidad de la confianza en el mañana, la tradición trasgredida o la pretensión que nos acompaña de ser distintos de lo que incluso no sabemos que somos. Su trabajo, como el de los modernistas, busca voz, a sabiendas de que encontrarla no es un fin, sino un método de su arte. Y aquí es justamente donde radica la diferencia de los nuevos modernismos, o de lo que han llamado la postmodernidad, ya que “el medio es el mensaje”, tal como lo ha señalado Marshall Mc Luhan.

Si ves al futuro, dile que no venga es el nombre de la exposición de Diego Piñeros García, ganador del 42 Salón Nacional de Artes Visuales, Universidad de Antioquia, que estaremos disfrutando a partir de este 9 de marzo en el Paraninfo, Edificio de San Ignacio de nuestra Alma Máter.

Lo otro, lo ajeno, añorado o perdido, siempre será un espejismo para las artes y las letras. Extrañamos algo que nunca fue nuestro; esta es la gran paradoja. El recuerdo y la memoria son un motor sumamente potente del quehacer artístico, del ejercicio de la confrontación con la realidad, de la manera como hacemos el mundo que nos ha tocado por suerte. Es aquí donde se juntan las vidas de muchos de nuestros creadores, incluidos Rubén Darío, Cano y Piñeros; este último, *ad portas* de zarpar, pero esta vez no va a buscar lo que no se le ha perdido en Europa: él tiene otra búsqueda y ha optado por otra geografía, la de Nueva Zelanda.

Viajar, una palabra mágica que cambia al ser pronunciada, es la clave para sumergirnos en la obra de este constructor de mundos. La invitación está abierta, tiene usted el pasabordo. No son necesarias credencial diplomática ni tarjeta de artista.

Oscar Roldán-Alzate es maestro en artes plásticas, curador y Magíster en Ciencias Políticas. Dirige el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia.